# julio césar: muerte de una república

Pedro López Barja de Quiroga
Rebeca Cordeiro Macenlle

EDITORIAL SINTESIS

# JULIO CÉSAR: MUERTE DE UNA REPÚBLICA

*Temas de Historia Antigua*
Coordinador: David Hernández de la Fuente

**Q**ueda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

# JULIO CÉSAR: MUERTE DE UNA REPÚBLICA

Pedro López Barja de Quiroga
Rebeca Cordeiro Macenlle

EDITORIAL SINTESIS

Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

© Pedro López Barja de Quiroga
Rebeca Cordeiro Macenlle

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-1357-021-1
Depósito Legal: M-21.181-2020

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

# ÍNDICE


NOTA AL LECTOR ..... 9

**1.** EL FASCINANTE JULIO CÉSAR: LOS HISTORIADORES Y EL MITO ..... 11

1.1. *Un problema de fuentes* ..... 11
1.2. *El juicio de los historiadores* ..... 14

**2.** LA ZORRA, EL JOVEN VERDUGO Y LOS MIL MARIOS: LA HISTORIA DE UN SUPERVIVIENTE ..... 23

2.1. *Problemas de datación: el nacimiento de César* ..... 24
2.2. *Infancia y juventud* ..... 28
2.3. *Primeros pasos: inicio del* cursus honorum ..... 43

**3.** EL IMPARABLE ASCENSO DE CÉSAR ..... 53

3.1. *Edil y pretor (65-62)* ..... 53
3.2. *El monstruo de tres cabezas (61-59)* ..... 67

**4.** LAS GALIAS Y CÉSAR ..... 81

4.1. *Las Galias a.C. (antes de César) y el* terror Gallicus ..... 83
4.2. *¿Por qué las Galias?* ..... 87
4.3. *Los* Comentarios sobre la guerra de las Galias ..... 92
4.3.1. Género literario ..... 92
4.3.2. Fecha de composición y fecha de publicación ..... 97
4.3.3. Cuestiones de estilo y veracidad ..... 102
4.3.4. Público destinatario ..... 107
4.3.5. Galos (y germanos): una cuestión etnográfica, geográfica y nacional ..... 110

**5.** Divide y vencerás: la conquista de las Galias ..... 119

5.1. *Seis años de guerra* ..... 119
5.1.1. La oportuna migración de los helvecios y la incómoda amistad de Ariovisto ..... 119
5.1.2. A por los más fieros de la Galia: campaña contra los belgas ..... 134
5.1.3. La Galia atlántica: la conquista de los pueblos costeros ..... 140
5.1.4. Más allá del mundo conocido: Germania y Britania ..... 145
5.1.5. La odisea britana y el inicio de la tempestad ..... 152
5.1.6. El conflicto renano ..... 163
5.2. *La Galia unida desafía al universo* ..... 170
5.2.1. Ascenso de Vercingetórix, líder de los (ir)reductibles galos ..... 173
5.2.2. Avárico, la ciudad más bella de toda la Galia ..... 179
5.2.3. Gergovia, el inexpugnable bastión de los arvernos ..... 183
5.2.4. Alesia, última esperanza de libertad para los galos ..... 188
5.2.5. Epílogo de una conquista anunciada ..... 195
5.3. Gallia est omnis pacata ..... 200

**6.** La guerra civil ..... 205

6.1. *El* corpus *cesariano* ..... 206
6.2. *César en las Galias: gobierno por correspondencia (58-50)* ..... 210
6.3. *Siete días de enero* ..... 223
6.4. *El paso del Rubicón* ..... 226
6.5. *La campaña de Italia* ..... 231
6.6. *Massilia, Ilerda, África* ..... 236
6.7. *Dirraquio (enero-julio del 48)* ..... 241
6.8. *Farsalia* ..... 244

**7.** La guerra interminable ..... 251

7.1. *Alejandría* ..... 252
7.2. *Farnaces* ..... 257
7.3. *César regresa a Roma. La guerra de África* ..... 261

7.4. *El largo verano del 46* ..... 270
7.5. *Hispania* ..... 274
7.6. *César: honores, poder, reformas* ..... 280
7.6.1. Honores ..... 280
7.6.2. Poder: magistraturas y sacerdocios ..... 282
7.6.3. Reformas ..... 287
7.6.4. Pensamiento de César ..... 292

**8.** Veintitrés puñaladas ..... 295

8.1. *¿Rey y dios?* ..... 297
8.2. *Los idus de marzo* ..... 305
8.3. *El funeral* ..... 315

Epílogo: los dioses no mueren ..... 319

Selección de textos ..... 321

*1. Catón frente a César, noviembre del 63* ..... 321
*2. La rendición de Vercingetórix (mediados de noviembre del 52)* ..... 322
*3. Roma, enero del 49. Los inicios de la guerra civil* ..... 323
*4. El paso del Rubicón (10 u 11 de enero del 49)* ..... 325
*5. La escena de las fiestas lupercales (15 de febrero del 44)* ..... 326
*6. Honores concedidos a César a lo largo de su vida* ..... 328
*7. Roma, idus de marzo del 44. Tiranicidio* ..... 329

Cronología ..... 333

Bibliografía seleccionada ..... 341

# 2

# La zorra, el joven verdugo y los mil Marios: la historia de un superviviente

El relato de la infancia y la juventud de César no es nada sencillo de hacer, porque contamos con unas fuentes que son, además de muy parcas, tardías. Nada encontramos en ellas sino un puñado de anécdotas más o menos célebres, que sirven para anunciar la grandeza del personaje, pero que no nos dicen lo que querríamos saber, es decir, cómo fue su educación, hasta qué punto influyó su madre en la formación de su carácter, qué impacto le causó la temprana muerte del padre, qué opinión mereció entre sus compañeros de estudios o de diversiones. Uno tiene la sospecha de que nada extraordinario cabía ver en él entonces, que sus primeros años transcurrieron de un modo semejante al de otros jóvenes aristócratas de su propia época y que fueron los acontecimientos posteriores, que conllevaron su ascenso al poder, los que crearon la necesidad de encontrar causas, señales tempranas de una

gloria y una ambición futuras, esto es, la necesidad de trazar antecedentes para acontecimientos muy graves y muy posteriores.

## 2.1. *Problemas de datación: el nacimiento de César*

Aunque la vida de César es sin duda alguna una de las más conocidas de la historia de Roma, lo cierto es que sobre sus primeros años contamos con muy poca información. Las únicas biografías compuestas en la Antigüedad que han llegado hasta nosotros son las de Suetonio y Plutarco, las dos escritas a principios del siglo II d.C. y, curiosamente, en ambas, falta o se ha perdido el comienzo. Por este motivo, el primer gran debate que se ha generado acerca de la vida de nuestro protagonista lo constituye la fecha de su nacimiento. A pesar de que generalmente se considera que tuvo lugar el 13 de julio del año 100, en realidad, como bien señala Rice Holmes (1917: 145) sobre lo único que tenemos certeza al respecto es que ocurrió durante un mes de julio, pues por esa razón se le cambió el nombre al mes *Quinctilis,* asignándole el actual. De hecho, hasta la instauración de los *acta diurna* eran frecuentes las confusiones respecto del nacimiento de los ciudadanos más ilustres (Mommsen, 2003: VII, 28), por lo que, en el caso de César, como era de esperar, tampoco existe entre los historiadores modernos (y los antiguos) un consenso en cuanto al día y mucho menos en cuanto al año en el que vino al mundo.

Las fuentes, como hemos dicho, son bastante imprecisas en lo referente a la infancia y juventud de nuestro protagonista, por lo que nos obligan a buscar diferentes mecanismos para datar sus comienzos. Ciertamente, ningún autor antiguo menciona el año de su nacimiento, pero son varios los que nos proporcionan información acerca de su muerte. Por ejemplo, Suetonio (*Iul.* 82, 1-2; 88), Plutarco (*Vit. Caes.* 63, 6; 69, 1) y Apiano (*B Civ.* 2, 149) aseveran que César fue asesinado a los cincuenta y seis años, durante los idus (el día 15) de marzo del 44. En consecuencia, si en el año 44 César tenía cincuenta y seis años, debemos situar su nacimiento en el año 100. Aunque de un modo más impreciso, el testimonio de Veleyo Patérculo (2, 41, 2) ayuda a reforzar esta idea, pues señala que César tenía casi dieciocho años cuando Sila se hizo con el control de la República, esto es, en el año 82. En contra de esta información están los testimonios de Tácito (*Dial.* 34, 7), quien afirma que nuestro protagonista inició la acusación contra Dolabela en el año 77 con

veintiún años, y de Eutropio (6, 24), que menciona que durante la batalla de Munda (el 17 de marzo del 45) César contaba con cincuenta y seis años.

En cuanto al día, existen dos posibilidades: por un lado, tenemos a Macrobio (*Sat.* 1, 12, 34) y los *Fasti Amiterni,* junto con los *Fasti Antiates* (CIL $I^2$, pp. 244 y 248, respectivamente), que señalan que nuestro protagonista llegó al mundo un 12 de julio (Rice Holmes, 1917: 145); por otro lado, la información ofrecida por Dion Casio (47, 18, 6) sitúa su alumbramiento el 13 de julio, puesto que:

> Y, como sucedió que los juegos Apolinares cayeron el mismo día que su cumpleaños, se decretó que estos se celebrasen el día anterior, con el pretexto de que cierto oráculo de la Sibila determinaba que esa festividad no se podía celebrar en honor de ningún dios que no fuese Apolo (trad. J. M. Candau y M. L. Puertas).

Una vez expuestas las fuentes principales, veamos ahora brevemente cuáles son las opiniones de los principales historiadores al respecto. Dado que no contamos con una datación directa de la fecha de nacimiento de César, los historiadores han intentado cruzar los diferentes datos que tenemos sobre su vida, con el objetivo de conseguir una cronología lo más exacta posible de su trayectoria, que nos permita deducir la fecha real en que nació. Sabemos que fue elegido cónsul a los cuarenta años de edad y que ejerció dicha magistratura un año después, en el 59, lo que nuevamente nos lleva al año 100 como cifra de partida. Sabemos además que, durante su estancia en Hispania Ulterior, cuando vio en Gades la estatua de Alejandro Magno, afligido, se lamentó de que a la edad en la que el macedonio había realizado sus conquistas, él todavía no había logrado nada significativo. Este suceso icónico en la vida de César es situado por Suetonio (*Iul.* 7) durante la época en la que desempeñaba la cuestura, es decir, en el año 68; en cambio, Plutarco (*Vit. Caes.* 11) considera que sucedió mientras era propretor, en el año 61 (véase *infra* apartado 3.1). Ciertamente si Alejandro Magno murió con treinta y tres años, lo razonable sería pensar que cuando César tuvo ese arrebato fatalista se encontraría con una edad similar: es decir, alrededor de los treinta y tres. En consecuencia, como señala Suetonio, esta escena habría tenido lugar cuando César era cuestor y, por consiguiente, vendría a reforzar la hipótesis de su nacimiento en el año 100.

Sin embargo, Theodor Mommsen está en completo desacuerdo con el testimonio ofrecido por las fuentes y considera que son erróneas. A través del exhaustivo estudio de las *leges annales* (modificadas en época silana y mediante las cuales se establecían unas edades mínimas de acceso a las magistraturas, así como el orden en que se debían ejercer), Mommsen concluye que, para ser elegible como edil curul, un ciudadano romano debía tener treinta y siete años; para presentarse a la pretura debía haber cumplido los cuarenta y para aspirar al consulado, cuarenta y tres. Entonces, si César accedió respectivamente a las tres altas magistraturas en el 65, 62 y 59 las sumas son más que evidentes para el erudito alemán, quien asegura que, sin duda alguna, su nacimiento debió producirse el 12 de julio del 102 (Mommsen, 1983: VII, 26 n. 1). Respecto de la posibilidad de que fuera eximido dos años, como patricio que era, de la edad legal requerida para presentarse como candidato a las magistraturas, no pone objeción, pero sí señala que, de haber sido así, sería lógico encontrar algún vestigio o referencia en las fuentes a tales exenciones. Igualmente, Thomas Rice Holmes (1917) defiende la fecha propuesta por Mommsen y se muestra reacio a aceptar cualquier tipo de dispensa ya que, de haberse concedido, a su juicio, es imposible que Cicerón no hubiera hecho ningún comentario al respecto. Insiste también en que las acuñaciones numismáticas efectuadas al inicio de la contienda civil por César son una prueba irrefutable de que nació en el año 102, pues es posible interpretar las letras "LII" que aparecen en la leyenda como los cincuenta y dos años que tendría César entonces (Rice Holmes, 1917: 148).

Por su parte, Monroe Deutsch (1914), discrepa de la desconfianza mommseniana hacia las fuentes ya que, siendo justos, es verdad que los antiguos no mencionaron ninguna prebenda concedida a César, pero tampoco recogieron ninguna de las irregularidades que tuvo Pompeyo cuando se presentó al consulado del año 70 (muchísimo más evidentes, pues no había ejercido ninguna magistratura previa) y quizás también Craso, que había sido recientemente pretor y puede que no hubiera respetado el bienio requerido entre el ejercicio de dos cargos. En concreto, Plutarco hubiera debido hacer algún comentario, como mínimo, acerca de la excepcionalidad de la situación de Pompeyo y, en cambio, no contamos con ninguna referencia a tal peculiaridad, por lo que tampoco sería de extrañar que, si César tuvo algún privilegio, pasara inadvertido para las fuentes. Además, siguiendo el estudio realizado por Karl Nipperdey sobre las *leges annales,* Deutsch considera que

efectivamente los patricios podían disfrutar de una dispensa que les permitiese acceder dos años antes de lo estipulado a las magistraturas, o bien que a César le fuera concedida una prebenda para presentar sus candidaturas a las altas magistraturas antes de tiempo (Deutsch, 1914: 23). En definitiva, la solución al problema de la exención cesariana, sería asumir que este tipo de privilegios se concedían mucho más frecuentemente a los jóvenes patricios de lo que nos podemos imaginar y que, cuando le fueron concedidos a César, era algo demasiado irrelevante como para llamar la atención. De esta manera, nuestro protagonista, haciendo gala de su noble ascendencia, habría solicitado tal dispensa a la vuelta de su cuestura en Hispania, entre los años 67 y 66, y le habría sido concedida, antes de que hubiera podido presentarse como edil curul en el año 66 para el ejercicio del 65.

Del mismo modo, Lily Ross Taylor, a través de sus estudios sobre la carrera política de los magistrados en la Tardía República y en especial, con su trabajo sobre los primeros pasos de César en la vida pública, llega a la conclusión de que las dispensas de las *leges annales* eran bastante habituales, por lo que la teoría de Deutsch sería la más acertada para justificar el acceso de César dos años antes de lo exigido a la edilidad, pretura y consulado, con lo que situar el nacimiento de César en el año 100 sería totalmente compatible con el ejercicio legal de las altas magistraturas (Taylor, 1941: 126). También Ernst Badian (1959) sigue esta tesis y descarta la opción de Mommsen, que implica que la mayor parte de las fuentes estuvieran equivocadas. Además, inicia el debate acerca de si tales exenciones fueron aplicadas a individuos concretos, como en el caso de César, o bien eran generales para aquellos ciudadanos que cumpliesen determinados requisitos. En este sentido, basándose en las carreras políticas de varios individuos, concluye que este privilegio era muy frecuente en los años sesenta y que se concedía a los ciudadanos patricios para compensarlos por su condición, que les impedía acceder a determinadas magistraturas destinadas a los plebeyos, como el tribunado y la edilidad de la plebe (Badian, 1959: 88).

También debemos señalar una tercera postura, bastante peculiar, aunque sin demasiado apoyo y fundamento, desarrollada por el historiador francés Jérôme Carcopino (2007: 11), según el cual César habría llegado al mundo el 13 de julio del año 101 (Badian, 1959: 81). En definitiva, la opción mayoritariamente defendida por los principales biógrafos modernos de César, como Matthias Gelzer (1968: 1), Christian Meier (1995: 51) o Luciano

Canfora (que ofrece ambas posibilidades, tanto el 12 como el 13 de julio: 1999: 449), entre otros, sitúa el nacimiento de nuestro protagonista el 13 de julio del año 100.

Por último, respecto de su nacimiento, cabe resaltar las diferentes versiones que circulan sobre el origen de su cognomen. La primera, y quizás la más extendida, es la que hace referencia a un antepasado suyo que, durante la Segunda Guerra Púnica, había matado a un elefante, animal que en la lengua fenicia se denominaba *caesar* y, en consecuencia, le fue asignada tal distinción. Otra fuente señala que el motivo de haber adquirido ese cognomen era por la abundancia de sus cabellos (Goldsworthy, 2007: 51). También Plinio en su *Historia Natural* (7, 9) y San Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías* (9, 3, 12) recogen otro posible origen del nombre, según el cual el primer antepasado de César había sido extraído mediante un corte del útero de su madre, que había fallecido intentando dar a luz; puesto que *caedo* significa cortar, es posible que el cognomen *Caesar* derivase de este verbo y que también diera nombre a este tipo de intervención quirúrgica (cesárea).

## 2.2. *Infancia y juventud*

Cayo Julio César nació en el seno de una familia patricia perteneciente a la *gens* Julia, una de las más antiguas de la aristocracia romana y cuyo origen, según la leyenda, se remontaba hasta la mismísima Venus. Sin embargo, a pesar de que nadie podía negar su noble ascendencia y su intrínseco derecho de optar a determinadas prerrogativas, lo cierto es que los ancestros de César no habían disfrutado, en tiempos recientes, de demasiada preeminencia en el ámbito político. De hecho, aunque una rama de los Julios, emparentada con nuestro protagonista, había alcanzado el consulado en varias ocasiones, ni su padre ni su abuelo paterno lo habían conseguido. En cuanto a su abuela paterna, Marcia, provenía de una estirpe heredera del rey Anco Marcio, por lo que César sería el fruto de la conjunción tanto de la realeza como de la divinidad de sus antepasados. En cambio, su familia materna, aun perteneciendo a la aristocracia plebeya, disfrutó de mayor fortuna política, pues los Aurelio Cota habían proporcionado a la República varios cónsules en los últimos años (Meier, 1995: 51-55).

De su padre, igualmente llamado Cayo Julio César, tampoco conocemos demasiados datos. Únicamente sabemos que ejerció la cuestura, luego la pretura en el año 92 y un proconsulado en la provincia de Asia en el 91. Quizás previamente, antes del año 100, ocupase el cargo de tribuno militar y fuese miembro de una comisión agraria encargada de llevar a cabo las leyes propuestas por Saturnino (Broughton *MRR ad loc.*). Respecto de su postura política, aunque no tenemos ningún dato concreto, lo lógico sería pensar que estaría ligada al bando *popularis* por su parentesco con Cayo Mario, quien estaba casado con su hermana Julia. Según Plinio el Viejo, el padre de nuestro protagonista falleció una mañana en Pisa, supuestamente de un problema cardíaco mientras se calzaba (*HN* 7, 181) en el año 85. Qué estaba haciendo por aquella región es algo que se desconoce, pero Gelzer (1968: 19) señala la posibilidad de que fuese un legado de los cónsules Cinna y Papirio Carbón y, por tanto, se encontrase reclutando tropas, recaudando dinero y aprovisionándose de cereal para afrontar la inminente llegada de Sila con su ejército de Asia. Sea como fuese, el hecho es que César, cuando contaba tan solo unos quince años, se convirtió en *pater familias*.

En cuanto a su madre, Aurelia, hija y nieta de cónsules, es caracterizada en las fuentes como un ejemplo de matrona ideal romana. De hecho, el propio Tácito la compara con Cornelia, la madre de los hermanos Tiberio y Cayo Graco:

> Pues antaño los hijos nacidos de madre honrada no se criaban en el cuartucho de una nodriza alquilada, sino en el regazo y en el seno de su propia madre, y esta tenía como principal motivo de orgullo velar por la casa y ser una esclava para sus hijos. Se elegía alguna pariente de edad, y a sus probadas y comprobadas costumbres se confiaba toda la prole de la misma familia. En su presencia no se permitía nada que pudiera parecer expresión grosera o acción vergonzosa. Con una virtud que infundía respeto, moderaba incluso los esparcimientos y juegos de los niños, no ya solo sus aficiones e inquietudes. Así se ocupó Cornelia, la madre de los Gracos, de la educación de sus hijos –según se nos ha dicho– y consiguió que llegaran a ser personajes de primera fila; y lo mismo hizo Aurelia con César y Acia con Augusto. Este rigor en la disciplina tenía como mira el que las cualidades individuales, puras e intactas y sin desviarse por ninguna corrupción, se lanzasen abiertamente al cultivo de las artes

> nobles y, ya se inclinase su vocación a la milicia, ya a la ciencia jurídica o a la oratoria, se dedicara solo a un campo y penetrara en él hasta sus últimas consecuencias (Tac. *Dial.* 28, 4-7) (trad. J. M. Requejo).

La prematura muerte del padre de César conllevó que su madre asumiese toda la responsabilidad en cuanto a la crianza y educación, tanto académica como política, de su hijo. En este sentido, el caso de César es particularmente curioso, pues su familia cercana estaba compuesta principalmente por mujeres: su madre, sus hermanas y su tía Julia, por lo que no contaba con ningún varón próximo como referente (Deutsch, 1918: 502-514; Tatum, 2008: 99-100). Cierto es que, al igual que cualquier otra matrona romana, Aurelia desempeñó un papel crucial en la vida de su hijo; pero también es cierto que, dada la especial delicadeza de la situación y de los peligros políticos que no dejaron de acuciar a César tras la guerra civil ganada por Sila, demostró una gran capacidad política y táctica para garantizar la seguridad y protección de su hijo. Como es evidente, su opinión e influencia serían de lo más relevante para César tanto en su juventud, como posteriormente en su vida adulta (Carcopino, 2007: 173). Un ejemplo icónico de este afecto lo encontramos en la anécdota de cuando César, aspirante al pontificado máximo, se despidió de ella en la puerta de su casa en el año 63, anunciándole que no regresaría si no lo lograba (Suet. *Iul.* 13; Plu. *Vit. Caes.* 7; cfr. *infra* apartado 3.1). Poco después de este incidente, tuvo ocasión de mostrar su virtud y celo en el cuidado de los intereses de su hijo durante el incidente entre Clodio y Pompeya en la celebración de la fiesta consagrada a *Bona Dea* (Suet. *Iul.* 6, 2; Cass. Dio 37, 45; Plu. *Vit. Caes.* 9-10; App. *B Civ.* 14). En el juicio contra el impío acusado, es decir, contra Clodio, Aurelia declaró con detalle, junto con una de sus hijas, todo lo que había sucedido (Suet. *Iul.* 74, 2; Cass. Dio 37.46 e *infra* apartado 3.1). La madre de César falleció en el año 54 y, teniendo en cuenta la época en la que le tocó vivir, se puede decir que disfrutó de una larga vida, puesto que, como mínimo, habría sobrepasado los sesenta años.

El núcleo familiar de César estaba compuesto, además, por dos hermanas (Deutsch, 1918: 502-503; Syme, 1939: 112 y tabla III al final). Julia la Mayor se casó dos veces, primero con Lucio Pinario y, después, con Quinto Pedio. De su primera unión tan solo podemos suponer que tuvo un hijo varón, pero del segundo matrimonio, sabemos que nació Quinto Pedio, que

acudió como legado de su tío a las Galias (Caes. *BGall.* 2, 2, 1). Su otra hermana, Julia la Menor, se casó con Marcio Acio Balbo y de esta unión resultó Acia, la que sería madre de Octavio, el futuro emperador. Julia la Menor murió también en el 54, el mismo año que su madre.

Otra de las personas importantes en la vida de nuestro protagonista fue su tía paterna Julia, la mujer del célebre Cayo Mario, siete veces cónsul. Sin embargo, este matrimonio se celebró en el año 110, un poco antes de que Mario hubiese alcanzado un éxito notorio, por lo que surge la cuestión de cómo fue posible que una familia aristócrata como la Julia accediese a una unión matrimonial con un hombre, en principio, bastante anodino y cuyos méritos se basaban en una carrera de eminente carácter militar (Plu. *Vit. Mar.* 3-6). Efectivamente, los orígenes de Mario no debieron de constituir una gran carta de presentación para el padre de Julia, puesto que aquel había nacido en el seno de una familia modesta, del estamento ecuestre seguramente, y si ambicionaba tener éxito en la vida pública, tendría él mismo que hacerse un hueco. En este sentido, Mario buscó fortuna mediante la participación en el ejército, destacando por su valentía y sobriedad, por lo que, a base de tesón y audacia y también gracias a su relación con los Cecilio Metelo, poco a poco fue ascendiendo hasta convertirse en propretor en Hispania en el año 113. Una vez que hubo conseguido la suficiente fama y riqueza, pudo disfrutar del prestigio necesario entre sus conciudadanos para ser admitido en los círculos políticos más relevantes. Quizás en este momento y debido a que la familia de Julia tan solo contaba con su noble cuna y no con prestigio político real y probablemente tampoco demasiada riqueza, fue cuando accedieron a concertar tal unión. Lamentablemente, más allá de ser la esposa del gran Cayo Mario y madre de Cayo Mario el Joven, no sabemos mucho más de la tía de César. Tan solo podemos suponer que también se caracterizaría por su rectitud, al igual que el resto de matronas ejemplares, y que debió de contar con un gran prestigio e influencia que, además de ayudar a su sobrino en su ascenso político, también le servirían para disfrutar de una posición cómoda durante la dictadura silana, aun a pesar de que tanto su marido como su hijo representaron la más férrea oposición a la facción de los *optimates.* Julia falleció en el año 69, probablemente con una edad próxima a los sesenta años.

Aunque normalmente se suele prestar más atención a sus lazos familiares con su tía Julia, que lo unían inherentemente al sector *popularis,* lo cierto es

que también sus tíos maternos constituyeron un fuerte apoyo y una ayuda esencial, sobre todo durante la dictadura silana, pero igualmente en los años posteriores que marcarían su trayectoria (Meier, 1995: 55). De hecho, los Aurelio Cota, situados en el bando vencedor y probablemente a petición de Aurelia, participaron activamente e intercedieron en la salvación de un joven César, en extremo vulnerable. Además de proporcionarle el perdón del dictador Sila, también le sirvieron de gran ayuda para poder insertarse paulatinamente en la vida pública que su aristocrática condición reclamaba.

Una vez hecha esta breve introducción familiar, centrémonos ahora en nuestro protagonista. A pesar de que la situación económica de su familia no debió de ser demasiado holgada, pues vivían en la Subura, un barrio humilde al nordeste de la ciudad, entre las colinas Esquilina y Viminal, la educación de César fue cuidada con tanto esmero como la de cualquier otro joven aristócrata romano de su época. Además de aprender los entresijos de la lengua latina y griega y de las grandes obras literarias y filosóficas, sabemos que contó con los servicios del profesor de retórica Marco Antonio Gnifo, quien influyó en su alumno de gran manera. De hecho, el origen de este era galo, por lo que no sabemos hasta qué punto sus conversaciones pudieron derivar en un especial interés de César hacia las Galias (Suet. *Gram. et rhet.* 7). Naturalmente, no solo fueron importantes unos buenos profesores, sino la propia aptitud e interés del pupilo. En este sentido, todas las fuentes destacan las especiales cualidades oratorias de César, así como su buena disposición hacia la cultura y talento literario:

> Dejó también unos *Comentarios* de sus campañas de la guerra de las Galias y de la guerra civil contra Pompeyo, pues de las guerras de Alejandría, de África y de Hispania el autor no es seguro […]. Dejó también dos libros *Sobre la analogía,* otros dos *Anticatones* y, además, un poema titulado *El viaje* […]. Se conservan también sus cartas al Senado […]. También se conservan las dirigidas a Cicerón, así como las que escribía a sus familiares sobre asuntos domésticos […]. Se citan asimismo algunos escritos de su niñez y de su primera juventud, como, por ejemplo, el titulado *Alabanzas de Hércules,* la tragedia *Edipo* y una *Colección de sentencias;* pero Augusto prohibió que todas estas obritas se pusieran a disposición del público por medio de una carta, de suma brevedad y sencillez, dirigida a Pompeyo Macro, a quien había encargado la organización de las bibliotecas (Suet. *Iul.* 56) (trad. R. M. Agudo).

Sin embargo, César no solo se preocupó de cultivar su mente, sino también su cuerpo. Según Plutarco, desde niño se había entrenado con su caballo para cabalgar al galope con las manos cruzadas a la espalda, consiguiendo así una gran habilidad como jinete (*Vit. Caes.* 17, 6). Dion Casio también asegura que, además de su buena disposición de espíritu, César contaba con una gran aptitud física gracias a su rigurosa educación (44, 38) e, igualmente, se caracterizaba por su excelente manejo de las armas (Suet. *Iul.* 57). En contra de lo que era costumbre entre los jóvenes de su época, César tenía mucha mesura y sobriedad en cuanto a los excesos con la comida y bebida. De hecho, su dieta era bastante frugal y jamás se quejó ante la falta de calidad en la comida que le ofrecían. Toda esta férrea disciplina en su carácter le sirvió para desarrollar una magnífica resistencia, tanto mental como física, que aun a pesar de su enfermedad y delicado estado de salud en ocasiones, le permitió realizar grandes proezas (Plu. *Vit. Caes.* 17; Suet. *Iul.* 53). En definitiva, si atendemos a sus panegiristas, poco menos que ante un superhombre nos encontramos (Vell. Pat. 2, 41, 1); eso sí, nadie pudo discutir que esa fortaleza no hubiese sido alcanzada sin un gran esfuerzo, constancia y sacrificio.

En cuanto a su aspecto físico, es Suetonio quien nos ofrece el testimonio más detallado (*Iul.* 45):

> Cuentan que fue de elevada estatura, de tez blanca, miembros bien conformados, rostro un tanto lleno, ojos negros y vivos, y de excelente salud, si exceptuamos que en sus últimos años solía sufrir desmayos repentinos e incluso pesadillas. Tuvo también dos ataques de epilepsia estando en plena actividad. En lo tocante al cuidado de su cuerpo era bastante meticuloso, hasta el extremo de que no solo se hacía cortar la barba y afeitar minuciosamente, sino incluso depilar, como algunos le reprocharon, y llevaba muy a mal el defecto de su calvicie, pues con frecuencia había podido comprobar que le exponía a las bromas de sus detractores. Por esa razón tenía costumbre de traer su ralo cabello desde la coronilla hacia delante y, de todos los honores que le fueron decretados por el Senado y el pueblo, ninguno recibió o utilizó con más gusto que el derecho a llevar continuamente una corona de laurel. Dicen que se distinguía también por su modo de vestir, pues usaba, según cuentan, un laticlavo con franjas que le llegaba hasta las manos y siempre se ceñía sobre él con un cinturón, por lo demás muy flojo, y que de ahí derivó la

> frecuente advertencia de Sila a los *optimates* de que se guardaran de ese joven mal ceñido (trad. R. M. Agudo).

En definitiva, nos encontramos, ya en sus inicios, con un joven de gran intelecto, extremadamente maduro para su edad, preocupado por mejorar su posición mediante su esfuerzo personal, así como a través de los complejos entresijos políticos tardorrepublicanos, Aunque es innegable que la ambición fue uno de los principales motores en la vida de nuestro protagonista, lo cierto es que difícilmente se le puede achacar ya en su juventud la gestación de un intricado plan para derrocar el régimen republicano e instaurarse a sí mismo como rey/tirano de Roma, tal y como sugieren las fuentes y algunos autores modernos (Carcopino, 2007: 146).

En el plano político, la infancia de César transcurrió entre dos grandes conflictos que marcarán el devenir de la república romana: por un lado, el desarrollo de la guerra de los aliados, en la que los itálicos, hastiados de su situación de inferioridad respecto de los ciudadanos romanos, se alzaron en armas para reclamar sus derechos; y, por el otro, el inicio de la guerra mitridática, cuyas consecuencias internas desembocaron en la guerra civil en la que Sila, por vez primera, en el año 88, llevó a su ejército sobre la ciudad de Roma y Mario, tras ser vencido, se vio obligado a huir a África. Al poco de marchar Sila a Asia para derrotar a su incómodo enemigo Mitrídates, Lucio Cornelio Cinna, a la sazón cónsul en el año 87, fue expulsado del Senado por su política favorable a la integración de los nuevos ciudadanos itálicos en las tribus. Indignado por el trato vejatorio sufrido, Cinna decidió presentarse a sí mismo como el adalid de los derechos de los itálicos y comenzó a reunir un ejército entre todos aquellos que habían sufrido la ira de Sila. Finalmente, tanto Cinna como Mario lograron vencer a la resistencia *optimate* y se hicieron con el control de la ciudad, nombrándose ambos cónsules para el año 86.

En este contexto se insertan los primeros pasos de César en el mundo público romano. Mientras aún portaba la toga pretexta, es decir, siendo todavía un niño, su padre lo había prometido a Cosucia, la hija de un équite adinerado (Suet. *Iul.* 1, 1). Respecto de esta mujer, prácticamente no hay información alguna, por lo que resulta imposible discernir si el compromiso derivó en un matrimonio o si se deshizo antes de formalizar tal unión. En este sentido, Deutsch (1918: 505) a través del testimonio de Plutarco, en el

que nombra a Pompeya como la tercera esposa de César, siendo Cornelia la segunda, deduce que efectivamente Cosucia habría sido la primera mujer de César (*Vit. Caes.* 5, 7). Consecuentemente, cuando su tío y su futuro suegro, es decir, Mario y Cinna, hubieron derrocado a la facción *optimate,* se vio obligado a divorciarse de ella para establecer un nuevo lazo matrimonial, beneficioso desde un punto de vista político, con Cornelia, la hija de Cinna.

Con bastante seguridad, en este momento las intenciones u opiniones de César poco peso habrían de tener, pues poco menos que un niño era, y estaría guiado por las obligaciones familiares. Aprovechando que recientemente Lucio Licinio Mérula, el último *flamen Dialis* de época republicana, se había suicidado tras la intervención militar de Mario y Cinna en Roma, ambos líderes *populares,* siendo cónsules y utilizando las conexiones familiares que aportaba el matrimonio del sobrino del uno con la hija del otro, coincidieron en la idoneidad de César para ocupar el cargo vacante de sacerdote de Júpiter. Sin embargo, a inicios del 86, falleció Mario y Cinna sería asesinado al año siguiente, al estallar un motín entre sus tropas. Aunque es imposible datar con seguridad la formalización del matrimonio entre César y Cornelia, parece que debió de llevarse a cabo en el año 84, tras la muerte de ambos líderes *populares* y con el respaldo del sector *popularis* (Deutsch, 1914: 505). De esta unión, en una fecha imprecisa, en el año 79 o tal vez algo más tarde, nació Julia, la única descendencia legítima que tendría César a lo largo de su vida.

Tampoco podemos saber con certeza si César fue investido como *flamen Dialis* (Vell. Pat. 2, 43, 1) o tan solo propuesto para el cargo (Suet. *Iul.* 11), quedando este vacante durante casi un siglo (Cass. Dio 54, 36, 1; Tac. *Ann*. 3, 58). El sacerdocio de Júpiter era sin duda alguna uno de los cargos más prestigiosos en Roma y estaba reservado a los patricios. Para poder acceder a este cargo, además, el candidato debía cumplir una serie de requisitos, como el de haber sido hijo de unos padres unidos por un antiguo rito patricio *(confarreatio)* y, a su vez, haber contraído él mismo matrimonio de este modo. La persona que ostentaba tal honor tenía el derecho de usar la silla curul (al igual que los cónsules), a utilizar la toga pretexta y a participar en las sesiones del Senado (Jehne, 2001: 14). Sin embargo, este puesto religioso conllevaba igualmente una extensa serie de prohibiciones que limitaban la participación militar, las estancias fuera de la ciudad, montar a caballo, ver a un ejército o a un difunto, así como un largo etcétera de tabúes (Gell. *NA* 10, 15). A pesar

de que este puesto reportaría un prestigio inmediato a un prácticamente impúber César, también es cierto que truncaría cualquier perspectiva de ascenso político. En este sentido, es difícil imaginar a un joven César deseoso de consagrar su vida únicamente al servicio religioso de Júpiter, sin tener la opción de disfrutar de ninguna otra alta magistratura o de comandar un gran ejército con el que conquistar pueblos bárbaros, tal como habían hecho su tío Mario o su admirado Alejandro Magno.

Sea como fuere, los hechos constatan que su familia, tanto la directa como la política, estaba convencida de que César debía ser el siguiente *flamen Dialis*. Sin embargo, por mucho que lo desease, era prácticamente imposible puesto que los obstáculos existentes eran insalvables: por un lado, los progenitores de César no habían podido contraer el matrimonio mediante el rito requerido debido al origen plebeyo de Aurelia; por el otro, aunque Cinna tuviese bastante influencia en el colegio sacerdotal, era incapaz de coaccionar al pontífice máximo, Quinto Mucio Escévola, sin cuyo visto bueno el nombramiento de César sería inviable (Taylor, 1941: 114-116).

Entretanto, Sila había regresado de Oriente y derrocado el gobierno y cualquier resistencia de los *populares*. Y, aunque César no había participado de un modo activo en la contienda entre ambas facciones, se encontraba, por sus vínculos familiares, en el bando de los derrotados. Por consiguiente, su situación era francamente precaria en un contexto de persecuciones, proscripciones y asesinatos de los disidentes. Como Sila era consciente de que muchos de los jóvenes aristócratas habían concertado sus matrimonios con arreglo a los deseos de sus familias, en un acto de lealtad, una vez se hizo con el poder y eliminó a sus adversarios, les ofreció la oportunidad a algunos de estos muchachos de disfrutar de su protección (entre los que se encontraba César, ¡aun siendo sobrino de Mario y yerno de Cinna!), si previamente se avenían a divorciarse de sus poco convenientes esposas. Algunos como Marco Pisón o Pompeyo (Vell. Pat. 2, 41, 2; Plu. *Vit. Pomp.* 9, 2) aceptaron sin titubear las exigencias del dictador y se divorciaron enseguida para luego casarse con quien Sila les había propuesto.

Sin embargo, César rehusó abandonar a Cornelia y, como resultado, el dictador desbarató cualquier posible opción al flaminado de nuestro protagonista y comenzó a mostrar una abierta hostilidad hacia él; según Suetonio, le retiró el sacerdocio, le confiscó la herencia y la dote de su esposa y comenzó a tratarlo como si fuese un enemigo (*Iul.* 1, 2). Ciertamente Sila no

se andaba con medias tintas y no tenía reparos en utilizar cualquier medio para lograr sus objetivos y deshacerse de cualquier posible amenaza. De hecho, Plutarco recoge en la biografía de Sila que Carbón había afirmado que "cuando peleaba contra el león y la zorra que habitaban en el alma de Sila, lo que más le molestaba era la zorra" (*Vit. Sull.* 28, 3 trad. J. Cano, D. Hernández y A. Ledesma). César, conocedor de la habilidad del dictador para hacer desaparecer a quienes le molestaban, prefirió quitarse de en medio él mismo y permanecer lo más oculto posible. Su situación era tan precaria que cada noche se veía obligado a huir de un lugar a otro, aun estando enfermo. Incluso en una ocasión, en uno de sus traslados, fue interceptado por los cazarrecompensas de Sila y se vio forzado a sobornarlos para poder salir de la situación indemne (Suet. *Iul.* 1, 2; 74; Plu. *Vit. Caes.* 1, 4-7).

Temiendo por la vida de su hijo, con bastante seguridad, Aurelia apelaría a sus familiares y amistades más influyentes en el círculo de Sila para que intercedieran en su favor. Igualmente, es probable que fuese ella quien rogase a las vírgenes vestales por la salvación de César, pues entre sus privilegios, estas sacerdotisas de Vesta podían otorgar el perdón a los condenados. De este modo, tanto Mamerco Emilio como Aurelio Cota y las vestales solicitaron la inmunidad para nuestro protagonista. Finalmente, el dictador cedió por hastío a los ruegos de estos, exclamando, según Suetonio, "que de acuerdo, que se lo quedaran, pero que supieran que esa persona, cuya salvación con tanta ansia deseaban, algún día acarrearía la ruina al partido de los *optimates,* que junto con él todos ellos habían defendido; pues en César había muchos Marios" (*Iul.* 1, 3 trad. R. M. Agudo; también Plutarco recoge esta comparación de César con Mario: *Vit. Caes.* 1, 4). Sin embargo, tal afirmación de Sila no debió de ser más que una invención hecha en retrospectiva, puesto que, tal y como afirma Taylor, si realmente el dictador hubiera sospechado de las verdaderas intenciones maquiavélicas de un muchacho potencialmente peligroso, se habría deshecho de él o habría accedido inmediatamente a su nombramiento como *flamen Dialis,* para así apartarlo de la vida política y militar (1941: 116).

En definitiva, respecto de este episodio, con bastante seguridad se puede aseverar que nuestro protagonista había sido propuesto como candidato para ocupar tal sacerdocio, pero jamás se habría hecho efectiva su toma de posesión. De este modo, en contra del testimonio de Suetonio, no es factible sostener que el dictador le hubiera despojado de un sacerdocio (que en